

SERIE

ESTUDIOS

66

JURÍDICOS

NÚMERO

Isidro Fabela  
La cultura de la justicia

FERNANDO SERRANO MIGALLÓN



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

ESTUDIOS

SERIE

66

NÚMERO

JURÍDICOS

Isidro Fabela  
La cultura de la justicia

FERNANDO SERRANO MIGALLÓN



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
México 2009

# COLECCIÓN LECTURAS JURÍDICAS

Serie Estudios Jurídicos  
Número 66

Isidro Fabela  
La cultura de la justicia  
Fernando Serrano Migallón

Primera edición: 17 de septiembre de 2009  
© D.R. Universidad Nacional Autónoma de México  
Ciudad Universitaria, Coyoacán 04510, México, D.F.

FACULTAD DE DERECHO

Prohibida su reproducción parcial o total por cualquier medio,  
sin autorización escrita de su legítimo titular de derechos.

ISBN (Serie Estudios Jurídicos): 970-32-0140-7

ISBN (núm. 66): 978-607-02-0693-1

Impreso y hecho en México

## Isidro Fabela La cultura de la justicia\*

FERNANDO SERRANO MIGALLÓN

### 1. HOMBRE Y GENERACIÓN, UN DIÁLOGO DE VALORES

**E**l deslinde de la personalidad es uno de los retos más difíciles, no sólo por cuanto, al hacer de lado las simpatías y las diferencias, el autor y el lector se enfrentan a un reto en el que la imparcialidad y la objetividad merecen un lugar tan importante como la comprensión y aún la compasión. Hablar de otro ser humano es siempre el reto de hablar de uno mismo; hablar de un pensador es siempre el reto de hablar de sus lectores y, a fin de cuentas, de lo humano.

Isidro Fabela es otro de los abogados cuyo paso por la Academia Mexicana de la Lengua, ha sido un arista más en su compleja personalidad; de él se han dicho, y se dirán en el futuro, muchas cosas en torno a su tarea diplomática, a su trabajo como político y gobernante y, acaso menos, sobre su obra literaria; sin embargo, valdría la pena acercarse, en la medida de lo posible a la imagen de cuerpo entero de uno de los hombres que contribuyeron de manera más decisiva a la reconstrucción del México abatido por la revolución y la guerra civil. Esa forma de ser del político culto o del intelectual político; o de aquellos abogados con una acendrada cultura de la justicia, nos sorprende por ser ahora tan extraña.

Fabela, como cualquiera, es producto de su momento y de su generación, su personalidad no se puede entender sin el hecho de verse

---

\* El presente artículo fue leído en la Academia Mexicana de la Lengua el 26 de junio de 2008.

marcado por momentos sumamente dramáticos para nuestro país: la revolución, la guerra civil y la invasión norteamericana, y para el mundo: la irrupción de los fascismos y su desafortunado periplo de invasiones y la reconstrucción mundial luego de la gran conflagración, hayan formado en él un hombre a la altura de los grandes hechos y las grandes ideas; por otra parte, su pertenencia a una generación excepcional por su tiempo y por sus protagonistas, creó en él tanto a un político leal con sus principios como a un intelectual disciplinado y, cosa rara entonces como ahora, consciente del oficio de escribir, de su esfuerzo y de la mancuerna, que no dicotomía, entre sensibilidad y técnica.

Fue un hombre de ciencia que fundió en feliz unidad al escritor, al gobernante, al profesor, al conferenciante, al asesor en materia legislativa, y principalmente, al internacionalista; esta combinación, casi diríamos renacentista por su universalidad, surgió del ambiente cultural que lo formó en sus primeros años. Isidro Fabela perteneció a una generación privilegiada. La Escuela Nacional Preparatoria, su inclusión en el Ateneo de la Juventud y el contacto con los grupos progresistas de su tiempo fueron el ambiente ideal para la formación de su espíritu inteligente y comprometido; de él dice Javier Garcíadiego, “con todo, Fabela no se limitó a ser un joven politizado, pues al margen de sus estudios y de su creciente concientización sociopolítica, comenzó a desarrollar un enorme interés por la literatura”.<sup>1</sup> Fabela mantuvo un perfil común a sus compañeros ateneístas, una íntima convicción de que el hombre sólo podía entenderse como unidad indivisa, en la que la necesidad cultural y la necesidad material eran únicamente manifestaciones diversas de una sola realidad objetiva: el individuo en sí mismo. Alfonso Reyes propone este credo de los caudillos culturales de la Revolución, “si todo el hombre es vida social, la ciencia social comprende el registro de todas las posibles disciplinas humanas [...] La realidad es continua y todas las cosas y todos los conocimientos se entrecruzan; viven de su mutua fertilización”.<sup>2</sup> De ahí que su continuo e insistente llevar la noción de la justicia y la equidad a la arena de lo internacional y las relaciones políticas al interior del país, fuera primero una postura intelectual

---

<sup>1</sup> Javier Garcíadiego, “Fabela diplomático revolucionario”. Estudio preliminar para el volumen x de la *Biblioteca Isidro Fabela*, Instituto Mexiquense de Cultura, México, 1994, p. IX.

<sup>2</sup> Alfonso Reyes, “Última Tule”, *Obras completas*, t. XI, FCE, México, 1982, p. 106.

cultivada en comunidad desde los tiempos de la Escuela Nacional Preparatoria y en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, después, y que significaba para él mucho más que un principio ideológico, una especie de fuerza niveladora que hacía posible la vida de la cultura y la civilización; en otras palabras, una necesidad vital tan objetiva como es la necesidad de comer o respirar.

Por su carácter iniciático y fundacional, los años del Ateneo de la Juventud, de la Preparatoria y de la Escuela de Jurisprudencia fueron definitivos. Años en los que la presencia de maestros como Pedro Henríquez Ureña y compañeros como Reyes y Vasconcelos le hicieron comprender que la misión de crear un hombre nuevo en México y en Iberoamérica era una labor comunitaria y generacional en la cual se salvarían o se condenarían todos los mexicanos y los latinoamericanos juntos.

Este sentimiento de solidaridad mexicana y generacional fue nota fundamental del carácter de Fabela; su presencia en el Ateneo, así como su adhesión, constituyó una constante en su vida; así también cuando se encontraba al frente de la Secretaría de Relaciones Exteriores no dejaba de ser factor de apoyo para amigos que sufrían el exilio, aun en el caso de que no concordara con sus ideas.

En cierto modo, Fabela supo ser un hombre de su tiempo y en ello le iba gran parte de su talento; supo adaptarse al momento en que se desempeñaba y supo siempre mantenerse a la altura de las circunstancias. No era un visionario ni un profeta, era un hijo de su tiempo, comprometido con las causas de su realidad. Por eso se extraña a veces en Fabela el idealismo que conforman los textos de otros revolucionarios, como los primeros escritos de Flores Magón, pero también lo exime de las amarguras y recriminaciones de otros, como Vasconcelos. Discreto siempre y hasta tímido, sus memorias son más parecidas a las de Alfonso Reyes y muy distintas aquellas otras de Martín Luis Guzmán o José Vasconcelos; no hay en el mexiquense confidencias íntimas, hay siempre comprensión de la época y la circunstancia.

Las memorias de Isidro Fabela presentan claroscuros, como todo documento que retrata una realidad determinada. En algunos momentos, la escena principal está ocupada por el funcionario o por el promotor de la Revolución y no por el individuo. En cierta forma, Fabela tiende a borrarse de la imagen, a desdibujarse, en la medida en que los hechos son por sí mismos suficientes para describir la situación, el discurso de la Revolución suple al discurso de Fabela y lo

que en la literatura es intimidad o sensibilidad y en los ensayos de análisis político o jurídico es precisión y formalidad; en las memorias es fidelidad y apego a los principios.

En efecto, el hombre dice aquello: que recuerda y que quisiera que los demás también supieran y recordaran. Ello no necesariamente significa adaptar el pasado o tergiversarlo, pero siempre es el resultado de aplicar una luz específica a los recuerdos de la vida, de modo que, animados por un principio general, la existencia pueda ser apreciada de un modo unitario, sin rupturas, y pueda exceder el marco estrecho de la simple acumulación de datos. Fabela supo dar coherencia a la narración de sus recuerdos oficiales bajo la luz del ideario revolucionario; con ello su actuación tiene un sentido que puede seguirse a modo de hechos que se suceden de modo concatenado desde su incorporación a la Revolución bajo las órdenes de Maytorena hasta su retiro en la ciudad de México.

El estilo narrativo de Fabela cambia conforme a la época que está recordando; esto considerando que hubiera hecho bocetos de memoria en la época en que sucedían y luego trabajados para integrarlos en los volúmenes de memorias revolucionarias o bien porque, siendo escritor con posterioridad a su verificación real, supo encontrar su propia identidad en el tiempo.

No hay en el diplomático mexicano confidencias íntimas, hay siempre comprensión de la época y la circunstancia, situación que puede apreciarse en su discurso en el homenaje que le rindió Cuadernos Americanos:

Hoy he ascendido en la escala admirable de Cuadernos Americanos a una cima en cuya eminente altura me siento tan honrado y feliz, que mis animosos 74 años, plenos de optimismo, se sienten capaces de seguir luchando por la libertad de mi patria y del mundo con la misma fe y ardor que tuviera en mis años mozos cuando dejé la casa paterna para pelear contra la tiranía que hirió de muerte a la nación mexicana el cruento año de 1913 [...] Lo recuerdo bien, desde que se fundó el Ateneo de la Juventud, de florentísima historia; yo tenía otra vocación que la literaria, sobre todo después que un cuento regional, con alma de mi solar nativo, puso sobre mi frente un lauro que me hizo creer en mí mismo. Desde entonces no quería ser otra cosa que escritor, alimentando ese anhelo con un culto leal por la cultura. En ese ensueño viví cuando un matricida abyecto hirió de muerte a la patria en las personas del presidente y el

vicepresidente de la República, Madero y Pino Suárez, que transformados en mártires sirvieron de bandera al movimiento reivindicador de la dignidad nacional.<sup>3</sup>

Al leer las memorias de Fabela nos encontramos con un hombre en permanente búsqueda. Salir del ambiente privilegiado de la Escuela Nacional Preparatoria y de la Escuela Nacional de Jurisprudencia para ingresar en el esfuerzo nacional de construcción de la identidad y de la reivindicación de las causas revolucionarias es similar a salir, del territorio nacional para adentrarse en el mundo exterior, en el mundo de los manejos internacionales y de la confrontación con otras identidades. La búsqueda de Fabela no termina ni siquiera en sus animosos 74 años, porque aparentemente esa curiosidad de ser y saber era, una nota peculiar de su personalidad.

Por otra parte, las memorias de Isidro Fabela son un importante material para la reconstrucción de la historia de la época revolucionaria y de la reconstrucción nacional posrevolucionaria; particularmente en lo que se refiere al comportamiento internacional de México en esos tiempos y a las presiones a que estuvo sometido. En realidad son pocos los hombres que conjuntaron la labor diplomática con el servicio revolucionario; entre ellos, Fabela es uno de los más importantes. Asimismo, la visión de Fabela sobre los hechos de su tiempo arroja una luz distinta de la que comúnmente se relaciona con hechos como la primera y la segunda guerras mundiales, pues permite vislumbrar el punto de vista de los países que se vieron envueltos en la conflagración y cuyos hechos no eran determinantes para el desarrollo de las acciones militares, y que, sin embargo, contribuyeron a la victoria aliada a través del suministro de materias primas. Es también la visión de las naciones que peleaban en la guerra algo más que el sostenimiento de la democracia mundial, como lo hacían los Estados Unidos mientras conjugaban con ese principio la mejora en sus condiciones geopolíticas, pues los países débiles se jugaban también su futuro en una apuesta por el crecimiento y el desarrollo.

---

<sup>3</sup> Discursos pronunciados por el licenciado Isidro Fabela y por el señor José E. Iturriaga en el homenaje tributado al internacionalista mexicano por la editorial Cuadernos Americanos, México, 12 de julio de 1956, Archivo Personal Isidro Fabela. Sin clasificar.

## 2. LA CULTURA COMO REVOLUCIÓN

Lograr un término para definir a un hombre es un reto que encierra, por un lado, el error de la reducción y por el otro, el acierto de la caracterización; si pensamos en Alfonso Reyes, como en el escritor con oficio de diplomático, o en Vasconcelos —por citar tan sólo a dos de los más cercanos amigos de Fabela— como al político con oficio literario, no podemos recurrir a este binomio para alcanzar a quien fue diplomático, escritor, legislador, juez internacional y gobernador de su Estado. Porque en Fabela, todas las funciones de su espíritu giran en torno a una misión ordenadora que lo supera, lo abarca y lo define: Fabela fue un jurista revolucionario empeñado en construir un mundo nuevo a partir de la cultura y la justicia.

Isidro Fabela entra a la Revolución por la puerta de la inteligencia; primero como periodista del diario *La Verdad*, de decidido carácter liberal y antirreeleccionista; el paso siguiente resultó natural: se ocupó como político de tiempo completo en el Club Liberal Progresista, una de las agrupaciones que apoyaban al maderismo. El triunfo de la revolución maderista dejó ver el nuevo rostro de las revoluciones. Las revoluciones del siglo XX han sido esencialmente sociales y se distanciaron de las revoluciones burguesas y nacionalistas de los siglos anteriores. La muerte de Madero es el parte aguas de la Revolución mexicana, de dos tipos de revoluciones, la maderista es la última burguesa y a partir de ese momento se desencadena la primera social. En el entonces nuevo siglo, las revoluciones no permitían la diferencia entre el activismo, la guía moral y el papel de ideólogo; todos los caracteres debían unirse en cada revolucionario, no tuvo la Revolución mexicana cabida para ideólogos diletantes no comprometidos. Los intelectuales de la Revolución tuvieron que dejar los salones de tertulia, el aula y la biblioteca, para tomar lo mínimo y lanzarse a la zaga de lo que Díaz llamó las hordas milenarias, o bien como Erasmo, cruzar los caminos del destierro con las tareas y la biblioteca a cuestas.

Después de un breve paso por la administración pública como jefe de defensores de oficio en el Distrito Federal y como consejero técnico de la Penitenciaría del Distrito Federal, se presentó como candidato a diputado por el distrito de Ixtlahuaca en su estado natal. La celeridad de los hechos de la Revolución le impidieron tomar posesión de su cargo. El norte del país se había convertido en el principal escenario revolucionario, su incorporación al grupo de

colaboradores de Abraham González le dio proyección nacional y le permitió ubicarse dentro de la élite maderista.

Fabela desarrolló una rara y deseable capacidad de reconocer las coyunturas en que podían suceder los hechos significativos. En 1913, González lo envía a la capital de la República a fin de que previniera a Madero sobre las sospechas de una rebelión militar. El cuartelazo lo sorprende antes de que pudiera ser recibido por el presidente Madero. La confusa situación nacional le impide el regreso a Chihuahua; con la finalidad de mantenerse fiel a las instituciones revolucionarias y republicanas hace valer sus derechos como diputado y se integra a las labores de la legislatura en el grupo Liberal Renovador, que encabezó la oposición al usurpador Huerta. La capacidad cultural de Fabela se puso al servicio de su capacidad revolucionaria; sus escritos de la época van distanciándose del tono literario de su época ateneísta y van adquiriendo los matices propios del hombre público y del revolucionario.

Su actitud opositora provocó la persecución de Huerta, y Fabela se vio obligado a huir del país y refugiarse en los campamentos revolucionarios en el sur de los Estados Unidos. A partir de ese breve exilio, Fabela va perfilándose como auténtico protagonista de los hechos revolucionarios. Su retorno al norte significó no sólo su reincorporación al núcleo cercano del asesinado presidente, sino su proximidad con el grupo más combativo del movimiento armado y, lo que fue más importante, su ingreso al movimiento carrancista, que lo caracterizaría toda su vida.

Su ingreso a la tendencia legalista de la Revolución tuvo para Fabela dos implicaciones casi inmediatas: una interna y otra internacional; por una parte, confirmó en él la idea de que el cambio revolucionario no podía reducirse a la destrucción de las estructuras caducas y corruptas, sino que debía trascender y construir una nueva legalidad que fuera adecuada para una nueva realidad, y por la otra, estaba íntimamente convencido de que el soberano esfuerzo de la lucha que por una nueva legalidad enfrentaba México, basado en ligas de justicia, racionalidad y equidad, debía ser llevado al marco internacional para revitalizar las caóticas y brutales relaciones internacionales. Determinado por un tiempo cruel y por una formación eminentemente humanista, Fabela supo ver en las relaciones diplomáticas la constante búsqueda del respeto, la legalidad y la cooperación, y con ello, la consecución de la paz y la solución de los conflictos.

Javier Garciadiego y Soledad Loaeza, entre otros, han dado cuenta de la manera más bien incidental en que se inicia la vida diplomática de Fabela. En torno a la vocación tardía, no sólo de Fabela sino de numerosos políticos, escritores y artistas, mucho se ha dicho; la crítica y la historiografía épica y monumental prefieren la acción precoz y el dibujo de quienes suelen ser próceres desde la cuna y desde la más tierna infancia; si todos los grandes hubieran sido Mozart, la humanidad disfrutaría de muy pocas obras de madurez. En Isidro Fabela no encontramos al genio precoz ni presenta prefiguraciones o premoniciones durante la infancia; a contrapunto encontramos una inteligencia clara que se va entrenando con el cultivo de las humanidades y el lento aprendizaje de la experiencia.

El 1º de mayo de 1913, en su carácter de diputado, Fabela se dirigió a los obreros para expresar el sentimiento de los legisladores en el difícil momento histórico:

¿Cuál es el problema que nos toca plantear, trabajar y resolver? El mejoramiento de la clase obrera, de acuerdo con la historia, con el medio y con las circunstancias actuales; porque es una verdad, de un gran filósofo, este apotegma incontrovertible: las necesidades crean las leyes y no las leyes las necesidades<sup>4</sup>.

A Fabela se le puede identificar con el grupo de jóvenes de las incipientes clases medias urbanas que debieron ocupar apresuradamente los huecos que la destrucción del aparato porfiriano había dejado; un ejército civil que iba construyendo nuevas instituciones ahí donde quedaba tan sólo la destrucción producto de las cruentas hazañas militares. Estos jóvenes universitarios carecían del patrimonio en cuanto experiencia con que los funcionarios del antiguo régimen los aventajaban; sin embargo, eran inteligentes y eran capaces de compromisos que sólo podían exigirse a los revolucionarios.

Sin experiencia alguna en el sector, a diferencia de los cancilleres hueristas —León de la Barra o Federico Gamboa—, cuya calidad hacía ver menor a Fabela, éste fue nombrado oficial mayor encargado del despa-

---

<sup>4</sup> Discurso del licenciado Isidro Fabela el 1º de mayo de 1913, en Jesús Silva Herzog, *Breve historia de la Revolución mexicana*, vol. II, FCE, México, 1986, p. 47.

cho de la Secretaría de Relaciones Exteriores en el primer gabinete de Venustiano Carranza, en diciembre de 1913.<sup>5</sup>

Desde luego, Isidro Fabela inicia su vida diplomática en una circunstancia nada halagüeña. Su papel era administrar y cuidar de las relaciones exteriores de una revolución mundialmente conocida por su violencia y la diversidad de los grupos que en ella participaban; además, tenía que procurar el reconocimiento de los países extranjeros tanto del dominio efectivo de don Venustiano como de la condición inconstitucional y espuria de Huerta.

Durante su gestión ocurrieron algunos de los más importantes episodios de la Revolución; hechos como el ascenso del constitucionalismo, la invasión estadounidense a Veracruz, la caída de Huerta y la división del movimiento revolucionario. Esta etapa, que bien puede llamarse de aprendizaje, se inicia con su nombramiento como oficial mayor y se desarrolla en la medida en que afianza su sitio dentro de la conflictiva estructura burocrática de -los frágiles gobiernos revolucionarios; obtiene su mayor lección en la defensa de la soberanía y la independencia mexicanas ante la invasión de los Estados Unidos del puerto de Veracruz. En ese momento, Isidro Fabela estableció las bases de su propia estructura intelectual frente al problema de las naciones. Si para el movimiento revolucionario eran vitales las nociones de justicia, igualdad e independencia, para Fabela, todo ello requería encarnar en conductas y normas aplicables entre países. Es decir, los ideales de la Revolución sólo serían efectivos si se materializaban en un nuevo marco jurídico y político dentro y fuera de las fronteras nacionales.

La necesidad de Fabela de participar en la construcción del México posrevolucionario lo llevó a un receso en su actividad diplomática en los años de 1942 a 1945. Durante ese periodo se desempeñó como gobernador del Estado de México. Es probable que el fulgor de las batallas diplomáticas libradas por Fabela tiendan a oscurecer su gestión en el gobierno de su estado natal. Sin embargo, esos años fueron más que un simple intermedio entre el segundo y el tercero de sus tiempos diplomáticos; fue un tiempo de materialización de los ideales de un revolucionario. Para Fabela, la Revolución podía limitarse a una serie de presupuestos ideológicos o a la sucesión de una serie de

---

<sup>5</sup> Javier Garcíadiego, *op. cit.*, p. XIII.

mandos efectivos; para Fabela, la Revolución era la oportunidad que los mexicanos habían ganado al precio de su sangre, de construir un nuevo país donde la riqueza estuviera equitativamente distribuida y el desarrollo económico fuera la garantía de un mejor nivel de vida para todos los mexicanos.

De este modo, Fabela lograba acceder a un nivel de importancia política para poner en marcha los sueños humanistas y educativos que en la juventud había labrado como ideales, aquellos que Alfonso Reyes había resumido en tres elementos simples: pan, jabón y alfabeto. Durante su mandato, Isidro Fabela se abocó a esos tres grandes ejes del sueño revolucionario. Con gran objetividad y realismo, Fabela emprendió una de las más grandes empresas educativas de la pos-revolución. Bajo su gobierno se ampliaron las escuelas en todos los niveles, desde el preescolar hasta la educación superior; pero, sobre todo, realizó una campaña de alfabetización a nivel masivo. Por otra parte, el gobernador Fabela impulsó los programas de salud pública, particularmente los destinados a campesinos y obreros. Otra de las medidas de su gobierno digna del mundo convulso y violento que tuvo que enfrentar, como actor y como testigo.

Las memorias de Fabela son, además de un importante documento literario, un escaparate abierto para comprender la formación de su espíritu revolucionario; se trata de recuerdos relacionados siempre con aspectos públicos que diferencian con tino lo público de lo privado; por eso no son autobiografía sino constancia documental; asimismo, se trata de documentos escritos con la intención de definir a un individuo y su momento histórico bajo la luz de una ideología que se aprende, se desarrolla y se asume en estadios vitales sucesivos.

Indudablemente, el hecho de que Fabela ingresara a la lucha revolucionaria al final de sus años formativos y en la primera etapa de su vida adulta significó que la huella que la vida revolucionaria dejaría en la personalidad de Fabela fuera un sello imborrable. En realidad, Fabela hizo suyos los presupuestos revolucionarios y los convirtió en convicciones personales, al igual que otros miembros distinguidos de su generación; el compromiso que adquirirían con su país como mexicanos y como hombres privilegiados en el sentido de su acceso a la educación superior se tradujo en que la posición de revolucionarios no era producto de la ocasión política o de la necesidad de integrarse al movimiento general de la sociedad, sino que representaba la única

opción coherente con una serie de ideas que se habían convertido en auténticos principios personales. En la descripción del encuentro con el Jefe Constitucionalista, Fabela entrelaza los recuerdos personales del revolucionario en el encuentro con su líder, del político en la coyuntura de un encuentro verdaderamente importante y de un hombre en un momento significativo de su vida.

Dos hombres fueron significativos en la vida de Fabela, dos hombres que figuraron como sus líderes, sus maestros y sus ideólogos; fueron guías en su acción y al mismo tiempo fueron dos hombres que supieron ver en Fabela el talento, la confianza y la experiencia. Esos hombres fueron Venustiano Carranza y Lázaro Cárdenas.

Cada uno en su momento estableció con Fabela una relación que con frecuencia excedía los estrechos márgenes de la colaboración y la subordinación política; de algún modo Fabela supo desarrollar la capacidad de encontrar soluciones inteligentes a los retos que le presentaba la realidad histórica a que estaba sometido, pero no sólo eso, que no es poco decir, sino que siendo estos dos líderes parte importante de la construcción de la identidad internacional de México, no eran abogados y es presumible que sus antecedentes culturales fueran limitados; por ello Fabela fijó una parte importante de la estructura jurídica y de la política internacional que requería la intuición política y el compromiso con la nación que poseían tanto Carranza como Cárdenas. Esta situación puede haber representado no sólo la oportunidad de Fabela para colocarse como protagonista de muchos hechos que darían dirección a la historia del siglo XX no sólo en México sino en el mundo; al mismo tiempo, esta situación peculiar dotó a Fabela de una excelente red de contactos e influencias para realizar de modo siempre efectivo su trabajo. Así lo puso de manifiesto en el discurso que pronunció con motivo de la condecoración que le fue otorgada el 26 de julio de 1958 en la embajada de la República española:

El homenaje que en este solemne acto y por vuestro muy digno conducto me discierne el gobierno de la República Española por acuerdo de su presidente, don Diego Martínez Barrio, de su Consejo de Ministros y del gran canciller de la Orden, otorgándome su máxima condecoración, me honra y enorgullece en tan eminente grado que no creo poder agradecerlo cumplidamente, con todo y ser mi reconocimiento tan profundo en su perennidad, Porque la preciada insignia que recibo es para mí el

símbolo y recuerdo de un capítulo imperecedero no sólo en los anales de España, sino en la historia personal de mi vida [...] El año de 1937 nuestro gran ex presidente de la República, mi ilustre amigo general don Lázaro Cárdenas, al nombrarme delegado permanente de México en la Sociedad de Naciones, me puntualizó sus ideas, a las que debería sujetar mis actos diplomáticos.<sup>6</sup>

### 3. UN REVOLUCIONARIO EN EL MUNDO

Para el jurista, el diplomático y el revolucionario, no podía haber diferencia entre hacer la revolución en su patria y, en su oportunidad, denunciar las atrocidades de la invasión italiana en Etiopía, la desaparición de Austria como país libre y la perversidad del Comité de No Intervención que abandonó a su suerte a la República española frente a los agresores fascistas; esto porque para la ideología de la Revolución mexicana y por lo tanto para Fabela, ninguno de estos episodios eran cuestiones particulares o aisladas, sino que formaban parte de todo un cuestionamiento insensato de los valores fundamentales que, como la justicia y la legalidad, sustentaban la civilización occidental liberal y progresista. Con razón Javier Garciadiego ha llamado a Fabela el Mexiquense Universal.

En todas sus intervenciones y escritos, Fabela defendió sus ideas; es una constante en su obra el deseo de evitar y resarcir cuantas injusticias eran identificadas por su conciencia crítica. Su compromiso político no le impedía ser claro, metódico y sagaz, cuando la ocasión lo ameritaba. Por eso su persona ocupa un sitio en la historia diplomática mexicana, en la historia de la Revolución y al mismo tiempo en el catálogo universal de los tratadistas de la política y el derecho internacionales; no sólo porque su cultura, sólidamente cimentada, le permitió conocer la profusa producción que en su tiempo se creó en tomo a la materia a la que dedicó su vida, sino porque esa misma cultura lo facultó para hacer aportaciones imperecederas a la doctrina del derecho internacional.

---

<sup>6</sup> Isidro Fabela, *Un discurso. Pronunciado al recibir la Gran Orden de la Liberación de España, en el acto celebrado en la embajada de España*, Ediciones de la Embajada de la República Española. México, 1958.

Isidro Fabela tuvo un papel fundamental durante la etapa armada del movimiento revolucionario. En su carácter de encargado del despacho de la Secretaría de Relaciones Exteriores del gobierno constitucionalista de Venustiano Carranza, defendió la soberanía y la independencia nacionales en todo momento, en particular frente al invasor estadounidense en Veracruz. Una vez estabilizado el país luego de las jornadas de la guerra, el ilustre mexiquense cumplió su deber como representante de México ante la Sociedad de Naciones defendiendo a otros estados, países amigos o naciones distantes sin importancia aparente para la vida mexicana, pero contra los que se cometían los mismos y aun peores atentados que los que México había sufrido apenas hacía poco tiempo. Estos hechos dan a Fabela un lugar peculiar en la historia de las relaciones exteriores mexicanas. Si Genaro Estrada se caracterizó por su fuerte impulso técnico y doctrinal, Isidro Fabela añade a esta estructura teórica la acción diplomática directa; es decir, su participación de manera privilegiada en la estructuración y ejercicio de la nueva noción de justicia que ensayaba el México revolucionario.

En tantas y tantas actividades se manifestó sin la menor desviación de objetivos o principios. Hombre sereno e inteligente, poseyó las características deseables en el hombre público: trayectoria recta, insobornable honestidad, conciencia moral intachable y arraigadas convicciones liberales y democráticas. Por eso no puede sorprender que su ingreso a la política y al derecho internacional haya estado marcado por el compromiso político; “puede decirse, por lo tanto, que el Fabela carrancista y el Fabela diplomático nacieron al mismo tiempo; incluso puede decirse que son dos características sustanciales de su persona”<sup>7</sup>.

Cuando sobrevino la división de las facciones revolucionarias que habían derrotado al usurpador Huerta y las tensiones entre constitucionalistas y convencionistas se habían convertido en hostilidad abierta, el mundo presentaba el complicado panorama que precedió a la gran guerra. Ese momento, crítico para México y el mundo, exigía de la Revolución una inédita apertura al exterior. Desde sus primeros momentos, la Revolución mexicana había sido un movimiento esencialmente introspectivo; una revisión de las hondas raíces de la

---

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. XII.

mexicanidad y una confrontación con sus dudas y contradicciones. Pero el mundo fuera de las fronteras mexicanas anunciaba cambios que se avizoraban también profundos; la presencia de México en el mundo como actor y no sólo como objeto de miradas y ambiciones mundiales se imponía necesaria y cada día más urgente. Carranza, consciente de que México y su movimiento necesitaban mirar a Europa, sabía que era conveniente un hombre que poseyera experiencia diplomática; sin embargo, era mucho más importante que manifestara un profundo carácter revolucionario fuera de toda duda y que su identificación con el legalismo y el constitucionalismo tampoco pudieran ser cuestionados. El hombre preciso era Isidro Fabela.

A fines de 1914, Carranza encomendó a Fabela que viajara a Europa a fin de allegarse la buena voluntad y el reconocimiento de los países del viejo continente hacia la causa constitucionalista. La complicada misión de Fabela podía trazarse de acuerdo con sus objetivos diplomáticos; por una parte, Inglaterra y Francia, que habían reconocido al gobierno de Victoriano Huerta y apoyaban la política estadounidense respecto de México, y por la otra, Alemania, que buscaba entorpecer y dificultar la relación entre México y los Estados Unidos, con lo cual limitaba el margen de acción de ambos países respecto de la guerra que se libraba en Europa. Esta primera misión europea de Fabela dejó un saldo a favor tanto para el movimiento constitucionalista como para el diplomático. Había exhibido sus plenos poderes en Inglaterra, Francia e Italia; en cada uno de estos países había logrado que se le tratara como representante del grupo político dominante en México, y con ello había obtenido también la sustitución de los diplomáticos nombrados durante la época de la usurpación, dejando en su sitio a encargados de negocios, dado que el completo reconocimiento no había sido posible.

Cuando Fabela regresó a México, luego de casi año y medio de ardua labor diplomática en el extranjero, había completado su educación diplomática y presumiblemente había encontrado también su vocación más íntima. A su experiencia como encargado del despacho de Relaciones Exteriores añadió la de diplomático en misión especial. Las difíciles situaciones en que había desempeñado ambas labores y la manera inteligente e inquisitiva con que supo asumirlas le proveyó de un entrenamiento que en condiciones estables hubiera tomado varias décadas. De este modo, la Revolución fue creando uno de los factores determinantes para su perpetuación, la renovación

de los hombres a través de la especialización en áreas del quehacer público, una serie de experiencias similares a la que vivió Fabela en lo diplomático se presentaron a otros revolucionarios; la experimentó Vasconcelos en lo educativo, Joaquín Amaro en lo militar y Alberto J. Pani en lo financiero.

El jefe de la revolución constitucionalista comisionó al mexicano, ya con el carácter de diplomático profesional, para que cumpliera en Sudamérica con la misma misión que había afrontado en Europa. Un distinto marco político y una mejor técnica diplomática permitieron a Fabela cosechar un éxito más rotundo. Lo que en Europa había sido frialdad, indiferencia y hasta hostilidad, en Sudamérica fue entendimiento y apoyo; en Argentina, Chile, Brasil y Uruguay, Fabela no sólo fue recibido como representante de un gobierno legítimo, sino que obtuvo que estos países reconocieran el mando efectivo de Carranza, reanudaran relaciones diplomáticas con México, y con ello logró remover a los diplomáticos mexicanos remanentes del huertismo, sustituyéndolos por representantes del carrancismo.

De este primer tiempo internacional, Fabela había acumulado la experiencia de un diestro diplomático, pero sobre todo la mística de un revolucionario carrancista y constitucionalista, comprometido con el imperio de la legalidad y consciente de que la Revolución era el arduo camino a la construcción de un nuevo derecho que supiera dar cauce y respuesta a las demandas y necesidades de un México también nuevo, ávido de justicia e igualdad.

Su renuncia al cuerpo diplomático en 1920 implicó para Isidro Fabela el desarrollo de una facultad inédita: la de ser, como señala Javier Garcíadiego, uno y muchos a la vez; en los años por venir, Fabela sería político, escritor y académico. En esta nueva etapa de su vida, Fabela conoció el amargo sabor del exilio. La caída de Carranza y el ascenso al poder del grupo Sonora imposibilitaron nuevamente su acceso a la labor internacional; se dedicó entonces a la academia como profesor de derecho internacional en la Escuela Nacional de Jurisprudencia y a la política como diputado por el distrito de El Oro, Estado de México; sin embargo, cuando se vio implicado en el movimiento delahuertista, se exilió durante más de diez años, primero en los Estados Unidos y luego en Francia; en ambos países cultivó el periodismo de opinión en medios como *Excelsior*, *El Diario de Yucatán*, *El Mundo*, además de otros rotativos de América Latina.

En 1937, Cárdenas lo nombró representante de México ante la Sociedad de Naciones; eran varios los elementos que pudieron haber incidido en el criterio de Cárdenas para el nombramiento; por un lado, Fabela era un diplomático que había logrado capitalizar una experiencia rápidamente adquirida y su desempeño podía evaluarse en resultados concretos siempre positivos; además, era un hombre acostumbrado a trabajar bajo presión en situaciones sumamente críticas, en las que actuaba con inteligencia y serenidad, factor que resultaba por demás importante si se considera que Fabela se dirigía a la máxima instancia internacional en un mundo sacudido por la avanzada fascista y las amenazas de guerra; su filiación política, a la que había permanecido fiel en circunstancias tan duras como la proscripción y el exilio, lo señalaba como un político y diplomático leal y comprometido con la legalidad y la institucionalidad; por último, es probable que influyera asimismo el hecho de que la presencia de Fabela, pese a los años de exilio, se hubiera mantenido vigente a través de la prensa y de las redes de contactos mundiales que había cultivado durante su primera época diplomática.

El mundo al que Fabela se iba a enfrentar en este segundo tiempo diplomático era radicalmente distinto del que había vivido en la década de 1920. La agresividad del fascismo y el retraimiento político de los países libres, cuya más cruel imagen la dieron durante la Guerra Civil española, habían redundado en un ambiente internacional preñado de desconfianza y cuya norma era el oportunismo y la falta de respeto a las reglas jurídicas internacionales.

En ese complejo escenario, Fabela desarrollaría uno de sus más exitosos trabajos diplomáticos. Fiel a las líneas políticas dictadas desde México por el presidente Cárdenas, promovió el respeto a los derechos y soberanía de los países pequeños y menos poderosos, así como la sumisión de todas las naciones del orbe a los convenios internacionales, a los usos y las costumbres internacionales, y en especial a las normas del derecho de gentes, como la única garantía para el mantenimiento de la paz y la cultura occidental.

Sin embargo, la principal aportación de la actuación de Lázaro Cárdenas e Isidro Fabela, especialmente en la perspectiva de la segunda Guerra Mundial, fue la presentación universal y la exportación de la moral y de la ideología de la Revolución mexicana. El nuevo rostro de la Revolución se alejaba de la violencia y la disgregación de fuerzas para acercarse a la de una Revolución constructora de una

nueva legalidad, basada en la igualdad y la equidad sociales, en el respeto al derecho internacional y la proscripción de la violencia como medio para subyugar a los países débiles y como forma de expandir zonas de influencia. La postura mexicana pretendía ser ejemplar, en el sentido de que se mantenía firme precisamente en los casos en que la respuesta mayoritaria favorecía la violencia o la indiferencia ante la agresión. Asimismo, en casos como el Anchluss, o la operación migratoria del asilo republicano español, México daba la impresión de encabezar un movimiento latinoamericano contra el fascismo y el imperialismo; esta postura líder se basaba en la capacidad de convocatoria desarrollada por la diplomacia mexicana y en la fuerza de Cárdenas para concretar acciones colectivas.

Acciones como la defensa de la República española frente a las intromisiones fascistas, la censura a Italia por su invasión de Etiopía, la denuncia del expansionismo nazi que le había costado la existencia independiente a Austria y la defensa de China ante la agresión japonesa, dan cuenta de la amplitud de horizontes e intereses que tanto Cárdenas como Fabela imprimieron a la presencia internacional de México y su Revolución.

Fabela supo desarrollar la capacidad de encontrar soluciones inteligentes a los retos que le presentaba la realidad histórica a que estaba sometido, pero no sólo eso, que no es poco decir, sino que siendo estos dos líderes parte importante de la construcción de la identidad internacional de México, no eran abogados y es presumible que sus antecedentes culturales fueran limitados; por ello Fabela fijó una parte importante de la estructura jurídica y de la política internacional que requería la intuición política y el compromiso con la nación que poseían tanto Carranza como Cárdenas. Esta situación puede haber representado no sólo la oportunidad de Fabela para colocarse como protagonista de muchos hechos que darían dirección a la historia del siglo XX no sólo en México sino en el mundo; al mismo tiempo, esta situación peculiar dotó a Fabela de una excelente red de contactos e influencias para realizar de modo siempre efectivo su trabajo.

Después de su misión en la Liga de las Naciones, Fabela realizó una intensa labor diplomática en distintos foros, donde dio a conocer la intención del gobierno mexicano de participar activamente en todas las manifestaciones internacionales en pro de la paz y la colaboración mundial. En reuniones como la Conferencia del Trabajo de La Habana, la Tercera Conferencia del Caribe en Haití y la Internacional

Free World Association de Nueva York, Fabela se desempeñó como un activo promotor del entendimiento entre las naciones y difusor del ideario de la Revolución mexicana; en todos esos casos, Fabela “demostraría ser igualmente eficaz en situaciones tanto de confrontación como de colaboración”.<sup>8</sup>

Es indudable que México fue la gran pasión de Isidro Fabela. Fue a su país al que dedicó lo mejor de su vida y de su obra. Sus análisis históricos y políticos dan cuenta de este hecho fundamental. La relación entre Fabela y su patria fue algo más que la relación del hombre con la tierra; fue un proyecto vital. Si a través de los años de su vida las etapas de su existencia van entrelazándose con los hechos de mayor importancia en la vida del México contemporáneo es porque el mexiquense supo hacer suyo el proyecto nacional y lo integró a su propio concepto vital.

La visión histórica de Fabela está impregnada de la interpretación revolucionaria de los hechos. En definitiva, Fabela no vio los hechos de la historia nacional como una mera compilación de datos acumulativos, sino que tenían su explicación en el mejoramiento necesario de las clases que habían adquirido voz dentro de la pugna revolucionaria y en el fortalecimiento de la soberanía y la independencia del nuevo país que nacía con la Constitución de 1917. Su historia no quiere ser el frío recuento de los hechos, sino una cálida narración llena de valores. Sin ser una historia monumental sí es didáctica, en el sentido que pretende mostrar al lector los hechos como parte de la sucesión de causas y efectos que conforman el México contemporáneo. Sus líneas de fuerza, es decir, la serie de hechos que conducen a consecuencias identificables, siempre están relacionadas con dos elementos diferenciables; por un lado, la reivindicación de causas de carácter social y económico; y por el otro, la evolución hacia el fortalecimiento del Estado mexicano como ente soberano e independiente en la familia de las naciones. Es por estas causas que la historia escrita por Fabela está siempre llena de valores y supone una esperanza de realización, es una historia humana, y si bien en ella no puede encontrarse siempre el rigor metodológico de un historiador profesional, en ningún caso es historia improvisada, sino siempre lectura inteligente.

---

<sup>8</sup> Javier Garcíadiego, *op. cit.*, p. XVII.

Los trabajos en materia histórica de Fabela incluyen temas coloniales, de la Independencia y la Reforma; en todos ellos, Fabela ocupa el papel de un historiador preocupado por la evolución política, trata de descubrir las raíces de su evolución. Su papel es el de un historiador de lo público mexicano, un buscador de orígenes y de un descubridor de continuidades históricas. Al respecto el siguiente párrafo sobre el origen de la diplomacia mexicana:

Las autoridades políticas y militares del imperio dieron desde un principio grande importancia a la nación española a juzgar por las precauciones tomadas por el Ministerio de la Guerra y por el propio Agustín I, que se asesoró en el caso por el Consejo de Estado antes de entablar cualquiera negociación con los representantes de la madre patria. Los señores consejeros Almanza, Velázquez, Bárcenas, Castillo, Salgado y Olaz, opinaron que el gobierno debería nombrar representantes que se apersonaran con los españoles y entablar negociaciones con ellos siempre que estuvieran autorizados para tratar del reconocimiento de la absoluta independencia del imperio.<sup>9</sup>

Evidentemente, para Fabela existe una ruptura entre el Primer Imperio Mexicano y la República. Su credo político permea toda su visión histórica. No puede perderse de vista que Fabela no es un historiador profesional, y que su visión histórica se desplaza desde la narración hasta los análisis de contenido social y político; con ello no se quiere decir que su estudio histórico sea disperso o falto de rigor; antes bien, resulta una visión rica porque es multidisciplinaria. Por otro lado, analizada en su contexto es una buena muestra del pensamiento revolucionario y posrevolucionario en su proceso de consolidación.

En cambio, sus páginas de análisis sobre el pasado reciente y sobre la política de su tiempo son aún más rigurosas. En ellas, el criterio predominante es la funcionalidad de la doctrina y la práctica revolucionaria. Su punto de vista no es justificativo, pero sí está diseñado desde un punto de vista ideológico. Desde luego, no pueden leerse los textos de Fabela sin considerar; a fondo el momento en que fueron escritos. Igual que en el caso del derecho internacional, sus estudios no son jamás meramente academicistas, son testimoniales

---

<sup>9</sup> Isidro Fabela, *Los precursores de la diplomacia mexicana*, México, SRE, 1927.

de valor que dan un retrato de todo un tiempo mexicano. Ése fue uno de los criterios fundamentales para la selección de los textos, su valor documental y testimonial sobre momentos determinantes de la historia reciente de México.

Los principales análisis históricos: políticos de Fabela son los relacionados con la Revolución mexicana y con el proceso de la reconstrucción nacional. El cardenismo es otro de sus momentos de importancia, por cuanto vio en ese proceso la concreción de muchas de las promesas revolucionarias y la entrada en madurez de la política exterior y nacional. La opinión de Fabela al respecto se resume de esta manera:

Sí fue digna de encomio la política internacional que siguió el presidente Lázaro Cárdenas en todos los problemas que se le presentaron en Europa; el más grave y trascendental de todos fue el relativo a la expropiación de los bienes muebles e inmuebles de las empresas petroleras, llevada al cabo en 18 de marzo de 1938 [...] Aquilatando en su alto valor y alcance la conducta patriótica, enérgica y decidida de don Lázaro Cárdenas, al tomar tan peligrosa y a la postre salvadora medida, hemos creído pertinente analizar los antecedentes históricos de tan grave situación para que se justiprecien los actos de quienes merecen el respeto y la admiración del pueblo mexicano hasta llegar al acto expropiatorio que honra en gran manera a su autor ya la historia de México.<sup>10</sup>

Sin embargo, para llegar a una afirmación de esta naturaleza, Fabela ha descrito ya todo un proceso histórico, que comienza con la decadencia porfiriana y tiene su culminación en Cárdenas, dentro del cual diferencia los movimientos armados de la evolución ideológica de la lucha social. En dicho desarrollo, la mexicanidad, como sentimiento de pertenencia y como identidad del Estado, se va afirmando en sus caracteres fundamentales, mediante el descubrimiento del verdadero México, que ha debido depurar influencias y resolver dilemas antiguos para encontrar su identidad. Dentro de ese proceso, la imagen de una República sujeta a presiones del exterior y pugnando por su desarrollo y crecimiento convierte al Estado mexicano en el más importante de los personajes de la trama histórica.

---

<sup>10</sup> "La política internacional del presidente Cárdenas", cap. VI, vol. IV, *Biblioteca Isidro Fabela*.

La idea de la personificación de la República como principal personaje de su historia supone un adelanto en el proceso de evolución de la especificación de hechos. Fabela supera el detalle de los procesos caudillistas y reserva la descripción de las personas para sus estudios biográficos, que ocuparán gran parte de su producción literaria y política. Las personas, dentro del juego histórico de Fabela, son importantes en la medida en que cumplen sus funciones y son piezas en el cumplimiento de la misión histórica de México. Incluso respecto de Francisco I. Madero, en quien Fabela identificaba al auténtico líder de la primera parte de la revolución, no puede ser más importante que la propia marcha revolucionaria

El pueblo, que amaba a Madero sinceramente porque estaba convencido de la pureza de sus principios y de la buena fe de sus intenciones, se sintió herido en los trasfondos de sus sentimientos humanitarios y patrióticos y aunque reaccionó desde luego, cordial e ideológicamente, contra los crímenes proditorios de febrero, su reacción no se externó de inmediato, sino esporádicamente, en actos violentos. La inmensa mayoría nacional esperaba al hombre que, interpretando la justicia, la dignidad popular y la ley, se levantara erguido para decir al mundo y a la historia que no sancionaba con su silencio y su inacción los hechos delictuosos que habían dejado acéfalo el Poder Ejecutivo de la República.<sup>12</sup>

Desde luego que la muerte de Madero y Pino Suárez marcaron tanto política como humanamente a Fabela. Su relación con el proceso revolucionario era ya entonces importante, pero, a pesar de todo, lo que Fabela puede interpretar no es sólo el crimen perpetrado contra el hombre que había logrado movilizar las masas en contra de la dictadura, sino que enfrenta la realidad de una ruptura en la marcha historia de la República. A sus ojos, se fraguó entonces una traición contra la evolución de la vida nacional. El resultado sería el encono de las fuerzas revolucionarias y finalmente el triunfo de las reivindicaciones sociales de México.

Resulta interesante observar que en el pensamiento de Fabela, la realidad internacional de México no estaba separada de su realidad interna. De hecho, uno de los grandes aciertos de la política exterior

---

<sup>12</sup> *Ibid.*

cardenista fue el hecho de que ambas políticas, la interna y la internacional, se alimentaban mutuamente, constituyendo un importante antecedente para generaciones futuras. Uno de los casos en que esta relación se hizo más evidente fue durante la declaración de neutralidad de México en tiempos de la primera Guerra Mundial. Entonces lo reseñó Fabela de éste modo:

Las razones que tuviera el caudillo de la Revolución para decretar dicha neutralidad eran obvias según su claro criterio [...] México, envuelto en una guerra civil proveniente de la usurpación de los poderes públicos llevada a cabo por Victoriano Huerta, puesto en connivencia con los jefes rebeldes Félix Díaz y Manuel Mondragón, no tenía otra misión que vencer a quienes había violado las leyes civiles y militares no sólo para aplicarles el digno castigo que merecen sino también, y de manera fundamental, dar cima a la revolución social iniciada por el presidente Madero, la cual había quedado trunca en razón de los inoportunos tratados de Ciudad Juárez que dejaron en el gobierno del presidente mártir elementos del antiguo régimen que de hecho fueron un obstáculo para que el propio señor Madero, queriendo quedar bien con todos los partidos, inclusive con aquellos que le habían sido sus más enconados enemigos, provocara el desastre que lógicamente sobrevino y que se epilogó con el asesinato del apóstol y de su fiel colaborador el licenciado don José, María Pino Suárez.<sup>12</sup>

Naturalmente, la Visión de la política que tiene Fabela es una visión militante. No existe para el mexiquense otra opción que dedicar la vida, a la política, entendida ésta como el servicio a la ciudadanía ya la defensa de los intereses nacionales; por eso su noción de revolución es la de un proceso de cambio constante, un sistema de pensamiento más que un momento histórico. Su visión de la posguerra y de la Guerra Fría era la de un nuevo momento en el devenir revolucionario mexicano; entonces las políticas sociales y nacionalistas de la Revolución se verían sometidas a prueba y desde su punto de vista sólo su fortaleza podría garantizar su permanencia en el futuro. La visión que Fabela tuvo del tiempo posterior a la segunda Guerra Mundial era pesimista, desalentadora, porque significaba el avivamiento de los colonialismos y el endurecimiento de las políticas estaduni-

---

<sup>12</sup> Isidro Fabela, *Historia diplomática de la Revolución mexicana*, cap. IV, México, FCE, 1958.

denses respecto de América Latina. Ello significaba la necesidad de mantener vigente el ideario revolucionario y extenderlo a aquellos sectores de la sociedad mexicana que aún tenían pendientes reivindicaciones de carácter obrero o campesino; en lo exterior, el ideario revolucionario significaba mantener rígida la postura respecto de las dictaduras y de la opresión de los países poderosos sobre los débiles y asimismo pugnar por el cumplimiento de las normas internacionales como garantía de Paz en el mundo. Un reflejo de esta visión de posguerra, a través de la economía, lo tenemos con claridad en el siguiente párrafo del propio Fabela:

Ahora bien, con estos antecedentes podemos concluir que nuestras industrias nacionales podrían obtener grandes ventajas después de la guerra, siempre que un buen entendimiento de nuestro gobierno establezca un *modus vivendi* que permita a nuestras industrias adquirir la maquinaria que necesiten en los Estados Unidos, y además, que desde ahora aquellas industrias nuestras, similares a las de los Estados Unidos, tengan una protección de nuestro gobierno que las ponga a salvo de la competencia desigual y ventajosa de la industria norteamericana.<sup>13</sup>

Isidro Fabela vio siempre la política y la historia mexicanas como una larga lucha, histórica; sin carácter mesiánico, entendía que un país adquiere forma y carácter en la medida en que cumpla un papel en la historia general de las sociedades. El papel de México era cumplir las reivindicaciones sociales que habían dado sentido a su momento histórico más importante la Revolución, ya partir de ahí, ya en la arena de lo internacional, pugnar por el respeto a las normas de derecho internacional y defender con ello a los países débiles, estableciendo un régimen de certeza jurídica y de equidad en el mundo.

#### 4. A BENEFICIO DE INVENTARIO. LA LITERATURA DE ISIDRO FABELA

Desde sus orígenes intelectuales, Isidro Fabela estuvo íntimamente ligado a la literatura; es probable, que el primer llamado vocacional

---

<sup>13</sup> Discurso pronunciado por Isidro Fabela en el Ciclo de Conferencias organizado por el Distrito Federal, Palacio de Bellas Artes, México, 20 de julio de 1944, Archivo Personal Isidro Fabela. Sin clasificar

que recibió fuera el de escritor. El ambiente en que se formaba como abogado y como ciudadano así lo estimulaba, su contacto con escritores y obras valiosas de la literatura universal estuvo siempre acompañado de un ambiente idóneo; se trataba de lecturas que se hacían en conjunto, creando un ámbito de estudio donde sus compañeros fungían como lectores dialogantes ello contando también con el estímulo de profesores que habían encontrado ya decadente el positivismo decimonónico y veían en los jóvenes ateneístas la promesa de una renovación, cultural.

En la medida en que el joven Fabela fue entrando en contacto con los genios políticos que defendían ideas sociales y al tiempo en que su postura intelectual se iba politizando, la literatura iba ocupando un lugar secundario en sus ocupaciones, sin dejar de ser por ello un apasionado de las ideas. El hecho, de que haya brillado más en él la visión de lo político y de lo internacional ha conducido a que su obra literaria haya sido menos estudiada de lo que merecía. Durante toda su Vida activa, Fabela no dejó de escribir literatura, principalmente distintas formas de ensayo y narrativa.

No fue de ningún modo un escritor profesional —no los había en su tiempo ni en su tierra—, pero tampoco fue ésa su actividad predominante; tampoco fue el político que andaba a caballo entre la cultura y lo público, al modo de Vasconcelos, ni un escritor con ocupaciones diplomáticas, como Reyes. Sobre todo porque la principal vocación de Fabela fue la de revolucionario. A su acción de revolucionario en México y más allá de las fronteras se supeditan todas las demás; las letras se fueron volviendo con el tiempo más bien motivo de reflexión, vertedero donde iban a parar las obsesiones personales y fuego donde doraba sus más íntimas preocupaciones. Sin embargo, la literatura no fue para él exclusivamente cosa de fuero interno o desahogo personal, sino también arte, y por eso su narrativa puede ser analizada desde criterios exclusivamente literarios. Compartió, con algunos de sus contemporáneos, la facultad de dividir inteligentemente el mundo de su interior del mundo de lo público. Su literatura no desmerece por ser intimista, sino que gana en el sentido de ser una literatura sensible y apegada a su tierra.

Es difícil encuadrar la literatura de Fabela dentro de las escuelas y modas literarias de su tiempo. Es probable que al encontrarse fuera de los ambientes estrictamente literarios, sus letras pudieron fluir atendiendo más a necesidades personales que a dictados de escuela

o moda; ello no puede traducirse de ningún modo en que tuviera algunas carencias estilísticas, y si no posee la intensidad de Martín Luis Guzmán para afrontar los temas acres de la Revolución o la maestría de Reyes para adentrarse en los temas clásicos, la literatura fabeliana gana en intensidad y en intimidad. En pocos escritores de su tiempo pueden verse los grados de intimidad que dejan al descubierto un cierto amor sutil y una sensibilidad a flor de piel, cuando toca los temas relativos a México.

Su narración más conocida, *La tristeza del amo*; es casi un fiel recuento de su literatura:

Desprenderse de golpe de aquel terruño que lo vio nacer, que lo vio crecer al amparo del anciano padre de quien heredara honor y fama; despedirse para siempre de un pasado dichoso que estaba identificado con esos llanos y sementeras que él fertilizara; con esas presas y caminos que el hiciera; con ese río en cuyas linfas se bañara bajo el sol, allá en aquella dulce juventud pretérita de encantadoras remembranzas; decir mi adiós eterno a esos montes habladores y elegantes que le vieron vagar por la maleza, escopeta al hombro, solo, con su optimismo triunfal, el fiel retinto que ahora conservará muerto para perpetua memoria sobre la puerta de la troje; dejar para siempre su casa, sus ganados, sus arados, sus riscos y remansos, era algo profundamente dramático y trascendente para el buen señor [...] Ya nunca pasaría a caballo por los barbechos húmedos y esponjosos, ni gozaría con el murmullo acariciador de los mazaes, ni con el vaivén de los áureos trigos barbados que, a imperio del aire corriente, moviéranse lentos o acelerados, con la parsimonia de su consciente valor, o con el alegre desconcierto de sus besos fecundos.<sup>14</sup>

*La tristeza del amo* es un texto publicado en 1915, una narración de juventud donde los temas sentimentales se confunden con la pertenencia a la tierra; en cierta forma, este cuento está relacionado con El testimonio de Juan Peña, de Alfonso Reyes, fechado alrededor de 1911. En el caso de Reyes, la intención literaria es manifiesta y ese cuento inicia su ciclo narrativo que culminará muchos años después; pero en Fabela, los trazos de su literatura aparecen ya dibujados desde este cuento de sus primeros intentos. En realidad, el patriotismo

---

<sup>14</sup> Isidro Fabela, *La tristeza del amo*, Imprenta Artística de Sáez Hnos., Madrid. 1915.

en su literatura está más relacionado con el sentimiento de lo propio, de la naturaleza íntima y familiar del solar paterno, más que en la literatura de grandes ideas o de especulación ideológica; supo distinguir los géneros y dedicó los mejores elementos en cada uno de ellos, pero en su actividad reservó siempre su lugar a la literatura. La noción de la patria se parece mucho más a Manuel Othón o a López Velarde, aunque desde luego con un estilo más llano, acorde con el propio de su generación.

Su lenguaje es directo, por cuanto se refiere a la exposición de hechos, pero se vuelve más elaborado cuando quiere retratar sentimientos o expresar emociones. Su conocimiento de primera mano de la realidad de su país le permitió interpretar los sentimientos encontrados que generaba la añoranza del pasado y el ímpetu de la Revolución; para Fabela, se resolvían en una visión de la patria que estaba más allá de lo actual, una patria ideal construida de recuerdos y de deseos, una patria construida de la vieja tierra mexicana, de sus nuevos sueños y sobre todo, de su lenguaje perenne.

Por otra parte, el barroquismo en la selección de las estructuras, y las palabras no parecen estar ahí por defecto o falta de ejercicio en la pluma, sino porque de alguna manera el gusto por lo barroco identifica mucho del ser de la mexicanidad. Su literatura es eso: sentimiento y lenguaje; así se aprecia en este otro fragmento de *La tristeza del amo*:

El caporal me asegurara, no ha mucho, que el señor, que hacía tiempo no recorriera el monte, fuera a él poco ha, donde estuvo largo rato mirando los pinares en la hondonada, y el robledal, respirando con la boca abierta, muy abierta, las de aquel monte auras resinosas y salubres, y jurárame que el señor no había despegado los labios en todo el camino, con ser tan largo, ni para reprender siquiera a los vaquerillos de la ranchería, que apacentaban sus ganados más acá del lindero de la finca.<sup>15</sup>

En el centro de la literatura fabeliana está la mexicanidad; sin embargo, como buen hijo de su generación, vivió de puertas abiertas al mundo, se hizo universal a fuerza de ser mexicano. Sus temas no se limitan a lo mexicano, sino que transitan por todos los intereses occidentales. La fórmula que permitió encontrar el camino de lo uni-

---

<sup>15</sup> *Ibid.*

versal a algunos miembros de su generación y la inmediata siguiente consistía en descubrir lo que había de universal en la cultura nacional y en contrastado con aquello que México podía proporcionar al mundo; en cierta forma, con Fabela y los escritores de su generación, México vuelve a ocupar un lugar importante, no sólo en el ámbito internacional, sino lo que es más importante, en el concierto mundial de la cultura, pues sale de sí mismo y se enfrenta a otros en igualdad de circunstancias. Era indudable el acendrado nacionalismo de Fabela; pero este sentimiento, aunque poderoso, no lo ciega para dejar de apreciar lo que el mundo ofrecía a su país. La estancia en el extranjero durante largos periodos enriqueció su literatura, aportando temas y enfoques nuevos. Su narrativa, sobre todo, se vería enriquecida con personajes y situaciones inimaginables en México; al final del día, Fabela se movía con facilidad entre personajes, escenarios y situaciones que más bien representaban arquetipos occidentales y que bien podían situarse en muchos países distintos.

París, por ejemplo, es una ciudad importante en la narrativa de Isidro Fabela; aquélla fue una ciudad que fascinó el goce estético e intelectual de su generación, proponiéndola como ciudad cultural modelo. De ella trajo a México, conjuntamente con otros escritores, a la Francia del siglo XVIII, explosiva y revolucionaria, que recordaban o imaginaban lo escritores de los últimos días de la Nueva España, como Fernández de Lizardi, tampoco la Francia maquillada y sobreactuada de los modernistas, sino una Francia real con la que se podía dialogar y a la cual guardaba respeto y afecto; en realidad, lo sucedido con la imagen de París en la literatura de Fabela no es más que un ejemplo de la forma en que el escritor asimilaba influencias y experiencias para convertirlas en narraciones inteligentes y emocionadas; al mismo tiempo es sólo una muestra del nivel de diálogo y apertura que la cultura mexicana había logrado respecto de los centros culturales más importantes. Así como Fabela era un personaje importante en la diplomacia acreditada en Europa, o como Reyes actuaba con facilidad y pasión en Brasil o Diego Rivera escandalizaba en Nueva York, las letras de don Isidro trataron de ser un escaparate desde el cual lanzar las nuevas miradas de México sobre el mundo. El siguiente cuento “Liebre por gato” es completamente francés:

Vivía en la calle de Vercingétorix, en una de esas casas del viejo París que conservan todavía, en el sotabanco de la respetada conserje, su lla-

vero con departamentos pequeños donde cada cliente, por las noches, toma su bujía para comenzar después el pesado ascenso a las buhardillas paupérrimas [...] Estaba solo con mi hambre, mi pereza y... mi talento, ¡qué demonios!, por qué no he de confesarlo paladinamente, cuando ni protestas ni envidias ha de provocar mi genio ignorado. La modelo que utilizara me abandonó dándome un prolongado beso de admiración y de piedad al decirme a la despedida -Au revoir, mon trésor, quand tu auras le sou, je reviendrais (Hasta luego, tesoro mío, cuando tengas dinero, volveré).<sup>16</sup>

La obra literaria de Fabela no se limita a la narrativa; es tal vez mejor ensayista que narrador. En el ensayo encuentra un laboratorio para sus ideas, en ellas vuelca la energía creativa que no encontraba en sus tareas formales. Sobre el ensayo, planta la estructura de un pensamiento ágil, agudo y cultivado. Los temas de sus ensayos van desde temas tan íntimos como la paternidad hasta los más eruditos literarios como el Quijote. Esto sólo es posible en la medida en que Fabela acumuló a lo largo de su vida un equipaje cultural de considerables dimensiones, pero esa cultura no lo alejaba de la realidad ni lo hacía aparecer como un sabio que ignora dónde está parado. Antes bien, la cultura se le aparecía como la información necesaria para satisfacer el placer estético y también para convertir el conocimiento en tareas concretas.

En Fabela es cierto el principio de que la cultura libera, porque destruye prejuicios y convierte en propio lo generado por: culturas lejanas en el espacio y en el tiempo. La erudición, en Fabela se entiende como, un sentimiento lúdico de conocer, de saber por saber más y abrir los ojos a nuevos horizontes, de ahí que sus ensayos suelen tocar temas de profundidad social y literaria, mientras que por otra parte tratan de sentimientos inasibles, como el dolor o la alegría. Fabela lleva al campo del ensayo temas que ya habían sido tratados por otros escritores en repetidas ocasiones, pero al igual que sucedía con instituciones jurídicas o situaciones políticas, propone siempre lecturas novedosas y enfoques poco ensayados, lleva la cultura con cariño, tratándola como algo tan valioso que es digno de ser compartido. En ese sentido no hay límites para la prosa fabeliana, toca temas de aquí y de allá, dándoles la propiedad de la cultura de ser ubicua sin perder

---

<sup>16</sup> Isidro Fabela, *Cuentos de París*, Tezontle, México, C. 1960.

estilo; si bien trata de temas tan universales y tan españoles como don Quijote, lo hace como sólo una sensibilidad mexicana y revolucionaria puede hacerla, descendiendo de la anécdota al análisis y al retrato de lo sensible. En su ensayo sobre la inmortal obra de Cervantes, Fabela logra con éxito el uso de un lenguaje claro, diáfano, buscando al lector antes que al crítico o al estilista.

Cervantes, después de hacer prototipo de lealtad a don Quijote, hace a Sancho paradigma de fidelidad [...] Sancho no es la cordura ni la razón, es el buen sentido acomodaticio y egoísta que ve la realidad tal como es y la aprovecha, cuando puede. Su amo dice de él que “tiene malicias que le condenan por bellaco y descuidos que le confirman por bobo; duda de todo, y créelo todo; cuando pienso que se va a despeñar de tonto, sale con unas discreciones que le levantan al cielo” [...] Sancho es el sentido común vulgar y corriente, el hombre pueblo con sus bondades y sus malicias. Y bien, el criado no se pertenece a sí mismo, es de su señor, vivía para él porque el amo era una especie de divinidad en la tierra como si fuese un Dios del cielo. Él no era nada comparándose con su mandante, porque no se sentía dentro de sí mismo, sino dentro del superior, que es casi su dueño, o sin el casi. Le mandaba y obedecía, y más que eso: don Quijote creía una cosa, y él, aunque le contradijera y replicara, al fin de cuentas creía lo mismo.<sup>17</sup>

Si en Fabela la narrativa es un mundo donde la creatividad va de la mano con la sensibilidad del terruño o bien con la universalidad de los deseos humanos, en su ensayo son las ideas las que mandan, una literatura de palabras hecha con base en ideas correctamente conectadas pero en ambos casos se trata sobre todo de una literatura que se crea sobre respeto a la lengua, sobre el estilo y, finalmente, de un hombre hecho todo en su obra múltiple y su rica experiencia. Es válido decir que el espacio abierto para trabajar sobre la obra literaria de Fabela está casi inexplorado y que bien vale la pena adentrarse en su prosa, que no es obra menor por comparársele con otros ramos de la actividad creativa del mexicano, sino qué es obra íntima que debe leerse con los ojos de quien mira al ser humano y no sólo al personaje histórico.

---

<sup>17</sup> Isidro Fabela, *A mi señor don Quijote*, edición de “algunos amigos y admiradores republicanos”, México, 1966.

Al igual que la literatura memorialista, la biografía es un género de difícil conceptualización. Es un género de aquellos que Alfonso Reyes llamaba centauros, porque brincan las bardas de los géneros y caminan entre la historia y la literatura. Es un género histórico donde la narración ocupa un lugar privilegiado o, a la inversa, un género literario donde lo histórico es el núcleo del asunto. Es probable que siendo, pues, un género que reunía dos de las pasiones de Fabela, resultara favorecido por su pluma. Fabela no sólo escribió un libro dedicado exclusivamente a la biografía de diversos personajes, sino que a lo largo de mucho tiempo consagró páginas a biografar a personajes de la historia, en particular a sus contemporáneos. En cada caso, Fabela es un biógrafo de inteligencias y de valores, su observación resalta las cualidades fundamentales de la persona a quien describe, conoce sus ideas y las pone de manifiesto; los hechos son solamente parte del escenario donde sucede una vida superior en el individuo cuya vida se describe.

Luis González y González sostiene la idea de que un historiador no puede escribir con absoluta independencia de sus filias y sus fobias; qué de hecho es gracias a esos extremos que un ser humano puede atreverse a poner en blanco y negro sus reflexiones sobre otro hombre. La biografía adolece con mayor intensidad de esta peculiaridad, que bien puede ser un defecto o una virtud; si sucede con el historiador hecho al método de las ciencias, que puede esperarse del escritor formado en la libertad de las artes; en Fabela es notable el equilibrio de estas dos caras de la biografía: la histórica y la literaria. Como hombre prudente, aplica criterios literarios más estrictos a los hombres que vivieron antes de su propio tiempo histórico; sus celebradas biografías de los próceres de la independencia iberoamericana se aproximan con seriedad al trabajo del historiador, mientras que los retratos de sus contemporáneos se parecen más a ensayos sobre las ideas de sus amigos, como siluetas a vuelo de lápiz, en las que traza los rasgos más interesantes de los hombres a quienes quería y admiraba.

Por otra parte, escribir biografía es también un intento de hacer autobiografía interior. Esto porque el autor escoge para biografar sólo a aquellos a quienes considera especiales por alguna circunstancia; una biografía escrita sobre una persona a quien se considera insulsa es acaso un breve ejercicio de estilo y aun en ese lamentable extremo denota un interés mínimo. Los personajes se escogen por-

que representan valores y actitudes que nos gustaría poseer o que poseyéndolas las suponemos tan ejemplares que es necesario decir cómo funcionan en el ámbito de la vida; o a la inversa, existen biografías amargas que denostan al biografiado porque exhiben defectos o errores que consideramos dignos de ser conocidos para que no vuelvan a padecerse y que por efecto negativo exaltan valores e ideas. Esto cuando la biografía no se convierte en gacetilla o panfleto.

Isidro Fabela seleccionó el género de la biografía con gran acierto. En ningún caso elige personajes con el exclusivo objeto de exhibir sus flaquezas sino para dar a conocer sus valores. Debido al hecho de que no es un historiador profesional, sus escritos biográficos son más bien ensayos literarios de hondo contenido memorialista, sin que falte en ellos visión de la historia, y siempre analizan al individuo en su contexto, pero tampoco reniega de su formación y sus antecedentes y deja traslucir, con hábil oficio, las ideas que animan su propia vida y sus escritos. Es probable que la influencia de maestros como Sierra o Henríquez Ureña hayan penetrado tan fuertemente la conciencia de su generación que esta literatura libre de amarguras y plena de reflexión se encuentra en casi todos los miembros de su generación.

En las biografías escritas por Fabela existe siempre la preocupación de ser lo más fiel posible a la realidad histórica. El escritor sabe que si bien no puede quedar completamente libre de admiración y que no puede deshacerse de sus propias convicciones, señala defectos, acota virtudes y genera imágenes de hombres reales en su contexto temporal. El inicio de su nota biográfica de José María Morelos es una buena muestra de ese espíritu:

El genio militar de nuestra guerra de Independencia no era un estadista que trajera el prestigio de ninguna hazaña gubernamental, ni un orador que en sus labios llevara el arrebató de las multitudes; ni un intelectual capaz de ser el director pensante de su grey; no era un paladín guerrero que ostentara en su pecho las señales gloriosas de ninguna victoria; era mucho menos que todo eso y llegó a ser mucho más que todo eso.<sup>18</sup>

Aunque es cierto que, como hemos visto, en sus escritos históricos y políticos Fabela como historiador tiende a la historia monumental

---

<sup>18</sup> Isidro Fabela, *Paladines de la libertad*, Editora de Periódicos, México, 1958, Populibros La Prensa, 23.

y didáctica, está convencido de la vieja idea medieval de que la lectura de las grandes vidas produce grandes hombres, pero no cae en el exceso de la moraleja. La promoción de nuevas formas literarias a partir de la segunda Guerra Mundial puso en jaque esta forma de escribir los hechos y las vidas; la literatura didáctica y la historia monumental han sido duramente cuestionadas en los últimos años, y en cierta forma, las críticas que en su contra se enderezan no carecen del todo de razón, pero existen algunos elementos en ella que nos garantizan que se seguirán escribiendo historias así durante el tiempo que le reste de vida a nuestra civilización. La idea de que una historia debe decimos algo útil para nuestra vida y que existe una noción de que actuar como los hombres grandes es garantía de crecimiento interior está tan arraigada en la conciencia de Occidente que casi es la forma natural de escribir historia antes de que pase por los filtros del método; de ahí a la moraleja, sin embargo, hay notable distancia. No pretende Fabela establecer modelos de perfección, como los viejos santorales del siglo pasado; más bien contrasta el tiempo histórico del individuo para mostrar en qué circunstancias logró imponerse a los hechos. La suya es una escritura biográfica de voluntades y de tiempos históricos, y no sólo exaltación de individuos y de personalidades.

Fabela, desde luego, no podía comulgar con ideas como las de Meistre, De Bonald o Nietzsche en el sentido de que sólo los grandes hombres, los líderes y patriarcas hacen la historia; él mismo es producto de una revolución donde las masas ocuparon de manera señera un lugar importante en los hechos. No puede olvidar Fabela que durante la Revolución mexicana, obreros y campesinos entran al escenario histórico del que habían sido proscritos desde los tiempos coloniales; con ello, su historia no es la de los superhombres, sino la de los individuos dignos de ser reconocidos. No existen tampoco visiones mesiánicas de la historia en las biografías de Fabela; lo que sí existe es una fe inquebrantable en la voluntad y en la inteligencia humanas puestas al servicio de una labor superior.

En sus biografías, al igual que en otros géneros de su producción intelectual, el individuo está inmerso en el océano de las circunstancias históricas a que está sometido; no es el miembro de la élite el que manufactura y escribe la historia, sino el individuo que por alguna razón ha sabido capitalizar la inteligencia y el esfuerzo, convirtiéndose en guía de pueblos o incluso en heterodoxo; armado sólo

con su voz y su pensamiento: tratar de encontrar en Fabela la imagen de hombre perfecto, de viñetas ejemplares es prácticamente perder el tiempo; lo que sí puede encontrarse con seguridad es una prosa limpia y bien pulida, una defensa de ideas y un retrato más o menos fiel de un hombre frente a su circunstancia.

Para Fabela resulta de especial importancia dejar claros los antecedentes formativos de los hombres a quienes biografía; por un lado, porque entiende que únicamente a través de este método puede trazar una personalidad completa, también porque sólo a través de ese camino puede construir un auténtico personaje de su narrativa; por otro lado, no cree en las casualidades históricas, sino que, como lo aprendió a través de su propia experiencia personal, está convencido de que la verdad de un hombre no es nunca estática, sino que se encuentra en las tendencias que las circunstancias le van marcando y la forma en que las resuelve. Por esa razón, las biografías escritas por Fabela nunca parecen de una sola dimensión y se adentran en los mundos donde sus personajes vivieron, son casi testimonios históricos y experiencias vitales, son sumas de hombre y circunstancia, al modo de Ortega y Gasset, pero al mismo tiempo son manifestaciones de un ser político y de una idea que defender. Por ejemplo, su narración de la vida de Bernardo O'Higgins está plena de raíces históricas, que son al mismo tiempo razones políticas; no puede entender a un hombre público si no lo sitúa en el elenco de las ideas dominantes en su tiempo; por ejemplo, es necesario leer con detenimiento sus palabras sobre los días formativos del prócer chileno:

Don Bernardo O'Higgins fue hijo de don Ambrosio O'Higgins, irlandés de origen, que arribó a Chile en 1767 pobre y sin protectores, pero como era un hombre de recia personalidad y de ambiciones de triunfo en la vida, supo vencer todas las dificultades que se le presentaron a su paso; ganando poco a poco la estimación de la sociedad en que vivía, pues era un maestro "en la ciencia del cortesano", habilidad práctica que lo ascendiera poco a poco hasta conquistar los títulos de barón de Vallenar y marqués de Osomo, llegando a ser, primero; intendente de Concepción, y después presidente de Chile y virrey de Perú [...] Don Ambrosio proveyó con largueza a las necesidades de su hijo, educándolo primeramente en Lima, después en España y por último en Inglaterra, donde el joven terminó sus estudios en el Colegio de Richmond. Allí conoció a don Francisco de Miranda, el ilustre venezolano, precursor de la

libertad sudamericana, fundador de varias sociedades secretas de origen masónico, verdaderos centros de ideales patrióticos en que se luchaba por la independencia de las colonias. Q'Higgins intimó con Miranda, y puede decirse que éste formó y alentó los sueños libertarios del futuro paladín chileno. Aparte de inculcarle nociones de política e ideas profundamente democráticas, Miranda lo hizo visitar las logias masónicas donde se fraguaba en secreto, la libertad de América.<sup>19</sup>

La ideología está presente en los escritos fabelianos. Pero no comete el error de extrapolar la ideología de la Revolución a otros años en donde era inconcebible, ni tergiversa discursos ni hace aparecer lo que no pudo haber existido, pero sí traza con seguridad una línea de continuidad entre el pensamiento liberal decimonónico y el pensamiento social revolucionario de la primera mitad del siglo XX; de ahí que la visión histórica de Fabela no sea forzada ni apriorística. Cuando Fabela se lanza al desarrollo de una biografía, lo hace con ánimo de descubridor que pone a prueba sus propios conocimientos; no parte de la base de lo ya consumado y conocido, sino que va describiendo el origen de las actitudes y de los pensamientos de su personaje, pero como también estos personajes son parte de un complejo entramado histórico, ingresan a la dinámica de las ideas políticas y trata de identificar en ellas una línea de continuidad que dé arraigo y sentido a instituciones que le son tan caras como la independencia iberoamericana o la Revolución mexicana.

A pesar de esto, las biografías escritas por Fabela no son escritos políticos. En estricto sentido, un escrito político tiende a explicar o difundir un determinado punto de vista sobre la sociedad y sus instituciones públicas; un escrito ideológico, por su parte, es una explicación totalizadora de la realidad del hombre y su sociedad desde una óptica definida y funcional a valores determinados. Las biografías de Fabela se distancian en la medida de lo posible de estos extremos; no hace biografía política porque su objeto de estudio es la persona y su circunstancia, la ideología y el análisis político no vienen sino a confirmar sus ideas y a establecer la verdadera estatura del personaje cuya vida se está narrando.

Ante todo las biografías que Fabela dio a la imprenta son textos donde existe una preocupación literaria. Si bien es cierto que en nin-

---

<sup>19</sup> *Ibid.*

gundo de los demás géneros de la bibliografía fabeliana hay descuido del estilo, en la biografía se nota una peculiar intención por producir obras claras y bien ensambladas. Su estilo se vuelve más preciso, sin dejar el contenido profundo, y al contrario de los textos eminentemente políticos y aun históricos; no profundiza con demasía en los temas o en los detalles. Actúa mediante pinceladas vastas que dan a conocer al hombre en su tiempo y proporcionan imágenes diríase que fotográficas y nunca estatuas de cuerpo entero. Su expresión, a veces lapidaria cuando enuncia principios jurídicos, o combativa si entra al debate político, se vuelve más reposada y en ciertos momentos emocionada; en otras palabras, su estilo se vuelve más humano, porque sabe que no trata con ideas o simplemente con palabras, sino con la vida de un ser humano que por su grandeza merece ser recordado. Su memoria de Justo Sierra es un fiel reflejo de este estilo humanizado:

El maestro venía llegando pausadamente, con majestad serena; imponente pero no imperiosa, porque en su gesto había el dejo recóndito de la bondad [...] Por el inmenso portalón se adentraba el alma inmensa de aquel varón corpulento, blanco el rostro como su alma, blancos bigote y barba: nariz roma, labios gruesos, frente límpida como la verdad y amplia como su pensamiento; un poco calva la cabeza socrática, asentada en cuello corto sobre anchas espaldas y pecho robusto. Un poco adelantado de vientre y el talante grave, que jamás llegaba a la frialdad porque en sus ojos de mirar nítido se vislumbraba la clara luz de su espíritu cordial [...] Don Justo tenía el procerato de nuestro magisterio. Era el maestro por antonomasia; le queríamos mucho y le admirábamos más [...] <sup>20</sup>

Al final de cuentas, después de leer los trabajos biográficos de Fabela, puede darse cuenta de lo mucho que se entrelazó lo público y lo personal en la vida del mexiquense, la forma en que se unificaron en su persona la sensibilidad por el arte y la cultura y el amor por su país y su gente.

Después de conocer el mundo según Fabela, a través de los ojos de sus hombres más admirados, descubrimos un mundo que se sostiene a sí mismo, que está completo en su esencia y su circunstancia porque pertenecía a un hombre de una pieza.

---

<sup>20</sup> *Ibid.*

## COLOFÓN

Fabela supo responder a la vocación universalista que experimentaron muchos de los miembros de su generación. Todos ellos, la generación que sucedió a la del Centenario, mostraron al mundo a partir de la asimilación de su propio carácter mexicano, como una constante entre los intelectuales políticos de su tiempo, que sus largos periodos de estadía en el extranjero no se tradujeron en desapego u olvido de sus fuentes primeras; antes bien, cada uno de sus trabajos debe ser entendido ante todo, como un producto laborioso de su manejo de la lengua; en razón de su mexicanidad y de su pertenencia a un mundo convulso y anhelante de una cultura de la justicia, de la paz y del imperio del Derecho.

*Isidro Fabela. La cultura de la justicia*, editado por la Facultad de Derecho, se terminó de imprimir el 10 de septiembre de 2009, en los talleres de Creativa Impresores, S.A. de C.V., Quetzalcóatl 69, Tlaxpana, Miguel Hidalgo, 11320, México, D.F. 57-03-22-41. Para su composición se utilizaron tipos ITC New Baskerville. Tipo de impresión offset, las medidas son 13.5 × 21 cm. Los interiores se imprimieron en papel cultural de 90 grs. y los forros en cartulina couché de 200 grs. La edición estuvo al cuidado del Lic. Alberto J. Montero y consta de 1000 ejemplares.

